

Erasmus de Rotterdam

Elogio de la locura

Introducción, traducción y notas
de Pedro Rodríguez Santidrián



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: ΜΩΡΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ *id est*
STULTITIAE LAUS. *Erasmi Roterodami*
declamatio

Primera edición: 1984
Tercera edición: 2011
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Herederos de Pedro Rodríguez Santidrián
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5337-2
Depósito legal: M. 22.649-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Pedro Rodríguez Santidrián
31 Bibliografía
- Elogio de la locura
35 Prólogo
41 Encomio de la *Moría* o *Elogio de la locura*
- 179 Erasmo de Rotterdam saluda a Martín Dorp,
eximio teólogo
225 Cronología erasmiana

Introducción

La lectura de la obra de Erasmo y en particular del *Elogio de la locura* –la más popular y la más leída– no es un ejercicio fácil para el lector del siglo XX. El mundo referencial en el que se mueve Erasmo se nos escapa muchas veces. Ello ha podido hacer creer que Erasmo –y otros autores– son coto cerrado de eruditos y de especialistas.

Por otra parte, la profusión de ediciones populares de los llamados clásicos –entre ellos el *Elogio de la locura*– empeñadas en mantener el solo texto o cualquier texto de la obra, más que facilitar dificultan el acceso directo a las fuentes. El lector se encuentra con textos difíciles y extraños que termina por desechar.

Ante estas dificultades reales, sólo cabe aconsejar al lector la necesidad de hacerse con buenos textos que permitan llegar hasta el autor y su época. Y, al mismo tiempo, le permitan comprender al autor y su época a través del texto.

Esto es precisamente lo que intentamos con esta edición de la obra más conocida de Erasmo. Pero también otra cosa importante: conseguir traer a nosotros el mensaje del libro. El libro erasmiano se escribió como un instrumento de educación y de crítica de la sociedad, de la historia. Rescatarlo y hacerlo nuestro es una tarea urgente.

Hablaremos, pues, en esta breve introducción: 1) de Erasmo en su tiempo y de su papel en la historia de las ideas; 2) de su obra, en particular del *Elogio de la locura*; 3) de Erasmo en España.

1. Erasmo, príncipe de los humanistas (1469-1536)

Erasmo de Rotterdam, nombre literario de expresión latina renacentista, esconde uno de los hombres y escritores más originales y perennes. Y su originalidad y perennidad se debe precisamente a su condición de humanista, y más concretamente de humanista cristiano o evangélico. Su vida (véase *Cronología*, pág. 193) y su obra se explican desde esa «visión particular del hombre y del mundo», desde esa sensibilidad propia frente a todas las cosas que llamamos humanismo. Una filosofía del hombre y de sus valores basada en una gran confianza en él mismo y en la fuerza de la libertad.

Dentro de este concepto amplio de humanismo que se gesta a lo largo de los siglos XV y XVI en Europa, cabe señalar infinitos matices que configuran los distintos humanismos: italiano, alemán, inglés, holandés, etc. No es lo mismo el humanismo renacentista italiano del *quattro-*

cento, de corte platónico y pagano, que el nórdico, heredero de una cierta mística medieval. Hay un humanismo inglés o alemán que pone en cuestión toda la historia política social, económica y religiosa de estos países¹.

Con carácter propio y original se abre paso en este pujante movimiento humanista el llamado «humanismo cristiano o evangélico». Surge un poco por toda Europa y tiene como representantes en Francia a Lefèvre y Budé; en Inglaterra, a Moro y J. Colet; en Alemania, a Melancton; en España, a L. Vives, etc. Y, sobre todo, en los Países Bajos a Erasmo, reconocido como maestro y príncipe de los humanistas cristianos.

Para comenzar, el humanismo cristiano tiene en común un rechazo de la cultura, la filosofía, la ciencia y la religión medieval para centrar su atención en el hombre. Para los humanistas cristianos, el descubrimiento de la *humanitas* no lleva al rechazo de Dios, sino que lo coloca dentro de otras coordenadas y planos.

La *humanitas* produce en ellos una exaltación de todos los valores del hombre que les hace volver a las fuentes o al origen de la humanidad. Es ahora cuando el hombre occidental se encuentra asombrado ante sus antepasados greco-latinos. Las *litterae* –las letras– o la cultura encarnan todo el saber tanto literario como científico. Y su conocimiento y cultivo es considerado como condición indispensable para entender el mundo y para el acceso a las altas instancias, tanto laicas como eclesiásticas.

Pero es sobre todo el ideal de vida cristiano tal como aparece en el Evangelio y en el primitivo cristianismo lo que está presente en el humanista cristiano. De ahí la vuelta a los orígenes cristianos, a las fuentes. Y desde lo

cristiano, su intento de replantear y reconstruir el mundo. Esto explica su interpretación de la vida como una *philosophia Christi*, su intervención en la vida de la Iglesia, en la política, en la educación. Y en especial su preocupación por la paz, como bien supremo, su rechazo visceral de la guerra, su rechazo de las instituciones inútiles, etc.².

Erasmo irrumpe en este mundo de valores y es reconocido universalmente como principal artífice y creador de los mismos. Erasmo encuentra en los modelos clásicos greco-latinos el modelo perfecto de la *humanitas*. Aparece como un hombre perfectamente dotado para las letras, en las que se ejercita desde los primeros años entre los Hermanos de la Vida común. Aquí, en efecto, se dedica al estudio del latín, y un poco más tarde del griego.

El latín y el griego constituyen la base fundamental de su quehacer literario. Dominar el latín y el griego es poseer la llave del pensamiento clásico y del pensamiento cristiano. Para ello se pondrá en contacto y aprenderá de los mejores latinistas y helenistas de la época.

En efecto, el griego y el latín le abren las puertas del mundo grecorromano. La lectura, el comentario y la traducción de los autores clásicos serán su pasatiempo y su ejercicio constante a lo largo de toda la vida. En primer lugar, Homero, de quien «sólo con ver la obra le da alegría y lo devora ávidamente con la vista». De Cicerón traduce el *De Officiis* (1501), *De amicitia* (1520) y *De Senectute* (1528). Sabemos que a partir de 1509 hace ediciones de Plauto, Terencio, Platón, Plutarco, Píndaro, Eurípides, etc. Es lector asiduo de Séneca y de Plutarco, de quienes hace traducciones y comentarios. Y se rinde

definitivamente ante la gracia y la ironía de Aristófanes, Marcial, Juvenal y sobre todo de Luciano, su autor favorito. Luciano de Samosata, en efecto, será uno de los autores de cabecera, siempre a mano. Al alimón con Tomás Moro traducirá sus *Diálogos* (1506), que se editarán repetidamente.

Llama la atención en la vida de Erasmo su vuelta constante a las fuentes. Se diría que encuentra en ellas el pozo inagotable de sabiduría que necesita. Además de los trabajos ya señalados, edita, revisa y prologa las *Tusculanas* de Cicerón, a Suetonio, Tito Livio, Plinio, Aristóteles, Demóstenes y Tolomeo. Se ha propuesto difundir el pensamiento clásico valiéndose de la amistad y de la colaboración de dos grandes editores, como son Aldo Manucio (Venecia) y Froben (Basilea), dos puntos clave para la difusión de la cultura renacentista.

Fruto de este dominio y estudio de los clásicos pueden ser sus dos obras más representativas como humanista: *Antibarbarorum liber* (1494) y *Adagiorum collectanea* (1500). Y al final de sus días, *Ciceronianus* (1527). El primero es una requisitoria contra los enemigos de las letras clásicas y sobre todo contra los escolásticos, enemigos de las musas y defensores de la barbarie del lenguaje escolástico. El segundo fue completándose en repetidas ediciones: de 818 proverbios de la primera edición, pasó a recoger 3.260 en la edición definitiva de 1530. La idea que preside la obra es que la antigüedad nos ofrece la sabiduría en sus bien construidas sentencias. La historia y la sabiduría antigua pueden servir de modelo y ejemplo al hombre moderno. Ésta es su filosofía.

De esta misma fuente de los clásicos nace su vena y vocación de pedagogo y *orator*. Erasmo vierte su filosofía aprendida de los clásicos en diálogos, tratados, cartas, discursos, lecciones que llenan buena parte de su obra, siempre convencido de que el mundo antiguo tiene mucho que decir. Comienza su magisterio con los *Coloquios familiares*, obra que, como casi todas las de Erasmo, se inicia pronto (hacia 1496) y que revisará definitivamente en 1530. Le siguen los trataditos sobre retórica, sobre la recta pronunciación del latín y del griego, sobre el modo de escribir cartas, etc. De mayor empeño e intención son sus dos obras sobre la educación de los niños: *De civilitate morum puerilium* (1526), tratado de urbanidad infantil que recoge toda la tradición en la educación juvenil, tal como aparece en Plutarco; y la *Declamatio de pueris statim ac liberaliter instituendis* (1529), sobre la educación liberal de los niños.

Este humanismo se adjetiva y adquiere una dimensión profundamente cristiana en otra gran parte de su obra. Quizás la más principal. El humanista termina en cristiano. La visión del hombre y del mundo se matiza y se colora desde lo cristiano.

Encontramos, en efecto, un Erasmo cristiano que busca las fuentes y las raíces de su cristianismo y que interpreta y difunde una filosofía cristiana. Sus conocimientos lingüísticos le llevan primero al estudio de las fuentes: la Biblia –particularmente el Nuevo Testamento– y la tradición cristiana, reflejada en los escritos de los Padres. En el primer aspecto, la preocupación fundamental de Erasmo es encontrar un texto fiable y seguro de la Escritura. No le basta con la traducción llamada *Vulgata* de la

Biblia, hecha por san Jerónimo y adoptada como oficial por la Iglesia. Sobre textos cotejados publica en 1516 su *Novum Instrumentum* o *Novum Testamentum*: una edición bilingüe, crítica y fiable del Nuevo Testamento. Sobre los textos griegos hace su propia versión latina. Era tanto como volver a encontrar la palabra en su fuente original.

Trabajó en ella desde que en 1504 encontrara el manuscrito de L. Valla sobre la necesidad de asegurar y revisar el texto original de la *Vulgata*. La publicación del *Novum Instrumentum* supone tomar en serio la *redditio ad fontes*. Erasmo se convierte en el abanderado de una manera nueva de ser biblista, exégeta, teólogo y pensador cristiano. Desde ahora Erasmo dividirá la opinión de Europa: llevará la controversia y la adhesión consigo dondequiera que vaya. No deja de ser significativa la incorporación de España en este momento a la polémica y al entusiasmo –como en ningún otro país– levantados por el de Rotterdam³.

Junto a este estudio de la Biblia debemos colocar la serie de estudios, comentarios y ediciones de los Padres, principalmente de san Jerónimo, san Juan Crisóstomo, san Cipriano, san Agustín, etc.

Con esta base cristiana Erasmo se lanza a vivir, a formular y difundir su manera particular de ver y sentir el cristianismo. A lo largo de su vida se van sucediendo una serie de obras en las que aparece el llamado «erasmismo». Las líneas de este erasmismo cristiano las encontramos en los libros de corte cristiano como la *Institutio Principis Christiani* (1516); la *Institutio Christiani Matrimonii* (1526); la *Vidua Christiana* (1529). Pero es sobre

todo en el *Enchiridion Militis Christiani* (1503, y con varias ediciones en vida de Erasmo) y en el *Encomion Morías-Encomium Stultitiae: Elogio de la locura* (1511) –del que hablaremos en el apartado siguiente– donde aparece la filosofía erasmiana.

¿Qué clase de cristiano era Erasmo y cómo interpreta, vive y difunde su cristianismo? Lo que se ha llamado «erasmismo» no es otra cosa que la cultura como perfección del hombre, pero es una cultura por Cristo, para el hombre cristiano.

En su *Enquiridion o Manual del Soldado cristiano* Erasmo representa la *respública christiana* en forma de círculos concéntricos cuyo centro es Cristo. El primer círculo es el de los príncipes de la Iglesia (el papa, los obispos); el segundo, el de los príncipes cristianos; el tercero, el del pueblo cristiano. Ahora bien, la idea esencial de Erasmo es que los representantes del tercer círculo, los seglares, pueden ser considerados tan próximos o más a Cristo que los dignatarios de la Iglesia⁴.

La idea fundamental del libro es, por tanto, reformular una filosofía cristiana, la *philosophia Christi*. Con ella se quiere armar al cristiano como con una daga o puñal para defenderse de sus enemigos. Y para ello se despliega todo el programa erasmiano abogando por una religión de conversión interior en lugar de observancias rituales, una vuelta a la Escritura y a los Padres, así como una exigencia de armonía social y de paz entre las naciones.

Dentro de esta filosofía erasmiana aparece la distopía representada por la Iglesia jerárquica, las órdenes

religiosas, los reyes y príncipes que se dicen cristianos. La experiencia de una Iglesia y de una sociedad alejadas del ideal cristiano hará que Erasmo –de talante pacífico y conciliador– salte a la palestra para arremeter contra papas, obispos, abades y clérigos que desmienten en su persona y en su oficio el nombre y el ideal de cristianos. De ello dará cuenta particular en los mejores capítulos del *Elogio de la locura*, como veremos más adelante.

Este mismo humanismo cristiano mueve a Erasmo a volver sus ojos a la sociedad civil, a los poderes constituidos y a sus instituciones. Pone la causa de todos los males sociales en el ansia de dinero. Cree que la sociedad se transformará con una buena educación de sus príncipes o gobernantes y no entiende las revoluciones campesinas de su tiempo. A pesar de su amistad con Moro, su sensibilidad es distinta frente al problema de la miseria y de los labradores. *Utopía* empieza después de la última risa y diatriba de Erasmo.

Pero ciertamente es sensible ante los problemas de la paz y de la guerra en que se debate Europa. Erasmo ha podido recorrer casi todo el camino de la Reforma de la Iglesia. Está de acuerdo en muchas cosas con Lutero. Será amigo de casi todos los hombres de la Reforma, pero nunca cederá a las insinuaciones de Lutero para que deje la Iglesia de Roma y pase a la Reforma. Erasmo entiende al hombre y su libertad de otra manera que Lutero. El hombre es libertad. Le asustan la guerra y la revolución luterana. Lo mismo hará con los papas guerreros como Julio II. Odia visceralmente la guerra. La guerra es antimoral y antievangélica, ya se trate de guerras interna-

cionales o de *seditiones* o guerras civiles. La paz es un fin en sí mismo que se ha de conseguir a toda costa. Así lo expresa en su famoso adagio 3001: *Dulce bellum inexpertis* (dulce es la guerra para los que no la han experimentado). En todas sus obras vuelve sobre este tema de la paz y de la guerra como una obsesión. El Evangelio es un mensaje de paz. La guerra es el antievangélio. Por lo mismo escribe el panfleto pacifista *Julius exclusus e coelis* (Julio excluido del cielo) (1513) protestando contra las campañas guerreras del papa, y sobre todo, su *Querella pacis* (1516).

Erasmus fue, y sigue siendo, objeto de controversia. Se ha presentado la imagen de un Erasmo comodón y cobarde, que no quiere comprometerse con nada ni con nadie. Se le ha seguido como a una bandera. O se le ha rechazado hasta colocarlo en el *Índice* de los libros y autores prohibidos por la Iglesia. ¿Con qué Erasmo nos quedamos? Con el Erasmo que fue, con todos sus defectos; y con el Erasmo que quiso y trató de ser. Porque el hombre que tenía como lema *Nulli concedo*: «no cedo ante nadie», nos dio un ejemplo admirable de *humanitas*. Un hombre que dio testimonio de los valores supremos siempre amenazados. Un hombre que defendió y difundió a su modo –con la paz y el diálogo– las mejores formas de vida y de convivencia.

¿Qué queda, pues, de Erasmo? De este hombre paradójico y controversial queda algo que es su legado para nuestro siglo: 1) «su pedagogía, base de la revolución cultural, indispensable a su época y a cuya puesta en marcha contribuyó poderosamente. 2) Su pacifismo integral y militante. 3) Su evangelismo sincero y transparente, nacido de su cultura y ejercitado en la lucha»⁵.

2. Elogio de la locura

Muchas preguntas surgen cuando hablamos del *Elogio de la locura*. ¿Qué clase de libro es? ¿Qué representa en la obra de conjunto de Erasmo? ¿Qué pretende? ¿Cómo está construido? ¿Qué valor tiene para el mundo de hoy? Y muchas otras.

Para empezar hay que decir que *Elogio de la locura* es para muchos la única obra de Erasmo. Lo que no deja de ser también paradójico. Erasmo fue conocido en su tiempo por su labor monumental de humanista cristiano.

Hay que hacer a un lado la imagen demasiado vulgarizada –dice M. Bataillon– de un Erasmo gran reidor que vendría a deber toda su celebridad al *Elogio de la locura*. Este amable librito es prácticamente la única obra de Erasmo accesible a los lectores modernos, y no vamos a discutir aquí las razones de la posteridad. Pero hacer consistir a todo Erasmo en la *Moría* es lo mismo que hacer consistir una vida laboriosa en la semana de vacaciones que le bastó para escribir esta obrita de pasatiempo. Cuando apareció el *Elogio* en 1511, ya era célebre Erasmo... Hacia 1510 su fisonomía, fijada en sus rasgos definitivos, era en todas partes familiar a los humanistas y a los elementos más ilustrados de la Iglesia. Sin embargo, con la publicación de la *Moría*, tan agresiva, bajo el velo de la ironía, contra todo lo que parecía muerto en el catolicismo, viene a ocupar Erasmo un lugar en la vanguardia de los innovadores⁶.

Erasmo, pues, no queda limitado a su *Elogio de la locura*, ni toda su fama se debe a la *Moría*. Sin embargo, y a pesar de su brevedad, se puede considerar esta obra

como el mejor exponente del genio y de las ideas de su autor.

Si hemos de creer al mismo Erasmo, *Elogio de la locura* fue escrito como divagación o divertimento en su obligado ocio en el viaje que hizo –el segundo– de Italia a Inglaterra. Pero fue la casa de su amigo Moro en Londres el lugar donde se escribió el libro, en una semana de la primavera de 1509. Es fruto de una amistad y de unos ideales vividos y compartidos con los humanistas ingleses por Erasmo en su segundo viaje a la Isla en 1505. Erasmo encuentra en la casa de su amigo Moro lo que no había encontrado en Italia, que le ofrecía el espectáculo de una Iglesia guerrera y pagana en la persona de su jefe, Julio II.

El libro va dedicado a Moro, cuyo genio y hospitalidad ha podido comprobar. Y va escrito en el tono y estilo humorístico de Luciano de Samosata, que sirve de ejemplo a la nueva forma de sátira renacentista.

El manuscrito, escrito en una semana, fue sin duda leído y comentado entre los amigos, lo que probablemente dio lugar a correcciones y adiciones. Se publicó en París en 1511. En menos de un año aparecieron siete ediciones; y durante la vida del autor se contaron hasta cuarenta y dos ediciones latinas de la obra. A partir de 1515 aparecen en la casa editorial Froben de Basilea las ediciones completas y muy mejoradas, con las famosas ilustraciones de Holbein. La traducción del libro a las lenguas vernáculas apareció como una necesidad. Toda Europa pudo leer a Erasmo ya a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

La obra fue vista –y así es– como una provocación y un escándalo para los hombres de su tiempo. Era un ataque frontal basado en la ironía, en la risa, la crítica y el sarcasmo a la sociedad y a la Iglesia de su época. Representaba un nuevo estilo y un nuevo modo de penetración de las ideas.

Del *Elogio de la locura* es posible hacer, en efecto, dos lecturas (y toda la obra de Erasmo presenta la misma ambivalencia). Lo que interesa desde el principio es la sátira tradicional de los soldados, de los mercaderes, de los príncipes y sobre todo de los monjes y de los prelados. Pero, a despecho de las ilustraciones tan conocidas de Holbein, la señora Locura no lleva ni bonete ni cascabeles. Si el autor la presenta como hija de Plutón, es decir, de aquel dinero que más que nunca rige a su gusto todos los asuntos públicos y privados, al mismo tiempo hace de ella una diosa vestida con piel de león, nacida en las islas afortunadas y que conduce a una especie de cortejo dionisiaco; a cuantos solicitan con empeño el título de «archilocos» les impone una iniciación que por una especie de inversión dialéctica, conduce de la crítica irónica de los falsos sabios a la paradoja de una sabiduría más alta⁷.

Así, a la demencia propiamente dicha, «vomitada por los infiernos», Erasmo opone finalmente la dulce ilusión que libera al alma de sus penosas preocupaciones, la «dulce ilusión» que en la caverna platónica desata las ataduras del prisionero y le sugiere un delirio de amor, pero que también inflama al cristiano y le empuja como si hubiera perdido el sentido común a prodigar sus bienes y a confundir en el mismo ágame a amigos y enemigos⁸.

Un libro en bruto que se inicia en una fantasía de sabia frivolidad al estilo lucianesco y que se torna en el gran encomio irónico de la auténtica sabiduría. Erasmo, con toda su tortuosa sutileza y áspera ironía, daba así respuesta al cambio que se estaba produciendo en la Europa del Renacimiento.

El tono y el estilo del libro pudo –entonces y también ahora– hacer ver que se trataba de un libro frívolo e irreverente. El mismo Erasmo parece que lo consideraba como una obra inferior de la que se arrepentía. León X gozaba con él –lo mismo que Enrique VIII gozaba con la lectura de *Utopía*–. Otros, sobre todo, los sesudos pensantes, vieron en la obra una sátira, provocando una reacción contra Erasmo que duró toda su vida. Erasmo vino a ser considerado como hereje pagano, enemigo de la religión establecida.

Lo cierto es que la obra no puede considerarse ni como pasatiempo, ni como frivolidad, sino como un instrumento eficaz para una nueva educación. Las cosas hay que verlas desde otra perspectiva, porque a lo mejor la sabiduría no es tal sabiduría, y la locura o estulticia puede ser la suprema sabiduría. Poseerla sería tanto como ser *morosofo* y el verdadero cristiano sería el morosofo por excelencia.

Así pues, la locura erasmiana es a la vez la locura cristiana y la locura humanista, esencialmente irónica y crítica. Es una locura con un parentesco muy cercano al Sócrates inspirado por su demonio, el cual observa irónicamente (sin ira, sin mala voluntad, lo dice muchas veces) a esos pobres locos que se toman en serio y pretenden saber algo, mientras él se dedica a demostrarles la

vanidad de su saber. Así se constituye en un reformador educacional junto a los grandes humanistas europeos, se revela como un satírico y como pensador político, y como un penetrante teólogo.

Descendamos ya al análisis de la obra. A pesar de su desigualdad en el tono, el *Elogio de la locura* tiene una unidad interna que es la del mismo Erasmo. Si aparentemente la vida de Erasmo es una dispersión y una contradicción, hay una línea subyacente que explica y da coherencia a todo. Lo mismo pasa con su obra: es la mejor introducción a su pensamiento y al abanico de intereses que le preocupan.

El libro está concebido como una *declamación*, o composición laudatoria. Como género literario es una composición literaria altamente sofisticada usada para alabar a los héroes legendarios o con un propósito de sátira o fantasía.

Aunque Erasmo dice que la consideró un divertimento, lo cierto es que la obra demuestra un entramado de citas, testimonios, referencias a sus otras obras –principalmente a los *Adagios*– y a la historia y literatura antiguas, que difícilmente puede decirse una improvisación. El lector se dará cuenta en seguida que comienza a caminar por un terreno no fácil y que tiene que buscar la ayuda de intérpretes y comentaristas.

Como *declamación* que es, está concebida para ser leída o proclamada de un tirón. Por eso no tenía divisiones ni capítulos. Es una sola pieza construida para que la Locura-Estulticia haga el elogio desenfadado y alegre de sí misma. La Moría habla en primera persona y habla de

sí misma. Nos dice quién es, qué hace, cuáles son sus seguidores y adónde nos lleva.

En este sentido y dentro de esta unidad total se han hecho esfuerzos por determinar la estructura y la coherencia de la obra. Parece claro que del análisis de la obra resultan tres oleadas o bloques temáticos:

1) La primera comprende desde el capítulo 1 hasta el 28. En esta primera parte es evidente el estilo y la sátira de Luciano, sobre todo en los capítulos 7-9, en que la locura expone sus títulos y cualidades; y en los capítulos 16-18, en que aparecen al desnudo las vidas de los dioses.

Además de la influencia notoria de Luciano, parece que inspira a Erasmo la tradición germánica y medieval, como el «carro de los locos», o la *Nave de los locos* del humanista alemán S. Brant, escrita en 1492.

2) Los capítulos 30-37 representan un nuevo bloque en que se define el papel relevante que el instinto, la pasión y el humor tienen en la vida humana. Termina en el capítulo 38 con la culminación del libro: hay dos locuras; una es destrucción de conciencia y de costumbres civilizadas; y existe la locura que Erasmo y el humanismo proclaman y que lleva al juicio irónico y complaciente de sí mismo y del mundo. Es un tono nuevo de humor que lleva hasta la risa de uno mismo.

3) Los capítulos 38-61 constituyen la parte más dura y polémica de la obra. Nadie se ve libre de la locura; todos la siguen. Tanto el mundo antiguo como el moderno forman un cortejo de adoradores de la *stultitia*. Es aquí donde la locura –Erasmo– presenta el desfile ridículo de poetas, filósofos, escritores, reyes, cortesanos, clérigos,

frailes, obispos, cardenales y papas seguidores de la locura. Sólo por ella merecen la pena sus vidas.

Los capítulos 60 y 61 vendrían a ser como la conclusión de este bloque: «nadie puede vivir sin mí», dice la Locura.

Los capítulos 62-68 (conclusión). Contra lo que algunos pudieran creer el *Elogio de la locura* no es un pasatiempo frívolo ni una burla a la mísera condición humana. En estos últimos capítulos Erasmo se pregunta: ¿Y si la locura de que he hablado fuese la suprema sabiduría de que nos habla la Escritura, y sobre todo san Pablo? Echando mano de la Biblia trata de probar que el cristianismo –y la bienaventuranza– no son más que una locura sublime. Por fin, el capítulo 38 nos devuelve al tono relajante del libro: Se ha hecho el elogio de la estulticia: bebed, vivid.

Si el estilo es el hombre, el *Elogio de la locura* es el mismo Erasmo con sus ideas, sus pasiones, sus odios, sus altos y bajos. Todo Erasmo está aquí con su lenguaje incisivo, erudito, preciso, burlón, tierno e ingenuo. Su expresión latina se pliega al pensamiento, buscando y creando palabras vulgares y nuevas que reflejan la realidad que quiere expresar.

Sabido es que casi toda la producción de Erasmo –incluso su gran correspondencia– está escrita en latín. Es un latín renacentista que dentro de su academicismo trata de adaptarse a la realidad que expresa. A quien no lo conozca le resultará difícil comprender cuanto decimos.

Por otra parte, este latín erasmiano no renuncia a la cita constante de los mejores autores: Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca están constantemente en sus labios. Lo